

«¿Cuál es el milagro o sueño más grande que esperas para tu vida?»

«HUELLAS DE EXPERIENCIA CRISTIANA»

6. Una presencia extraordinaria – El dominador de la naturaleza – Él nos conoce y comprende

por Luigi Giussani*

UNA PRESENCIA EXTRAORDINARIA

Ante todo Cristo demuestra autoridad y superioridad en todas las ocasiones.

Tratemos de imaginar a todos aquellos que, durante semanas, le ven primero volver allí a la playa, y que luego, durante tres años consecutivos, son testigos de episodios extraordinarios.

Hasta que algunos abandonaron todo para seguirle siempre a cualquier parte.

Estaban acostumbrados a los agitadores, especialmente en aquellos años en que todos esperaban al Mesías; y ciertamente los agitadores llamaban la atención. Pero Jesús rompe los esquemas habituales. Él no llama a tomar las armas contra el imperio romano. Seguirle los pasos para sorprenderle en algún fallo será la gran preocupación de los jefes: inconsciente misión de testimonio para nosotros.

Son las doce, y Cristo se retira a una pequeña casa para comer, pero la gente se agolpa en la entrada. Cristo continúa hablando; en primera fila están los fariseos. Le llevan un paralítico de veinte años y, no consiguiendo introducirlo por la puerta, lo bajan por el tejado a la espalda de Cristo. Él se vuelve: «Confía, hijo, tus pecados te son perdonados». Inmediatamente los fariseos piensan: «Este blasfema, ¿quién puede perdonar los pecados sino Dios?». Aquel hombre aparta su mirada del pobre enfermo y, mirando fijamente a los presentes, dice: «¿Qué es más fácil, decir “tus pecados te son perdonados” o decir “levántate y anda”? Pues bien, yo te digo: “Levántate, toma tu camilla y vuelve a tu casa”». Y el otro se carga la camilla a la espalda y se marcha en medio del comprensible griterío de la muchedumbre¹.

Y continuamente, cada día, cosas por el estilo: «Llegó a la tarde cansado de curar»² –es un estribillo del Evangelio–.

EL DOMINADOR DE LA NATURALEZA

Los que le siguen son espectadores de un excepcional dominio sobre la naturaleza.

«Subió a la barca y sus discípulos le siguieron. De pronto se levantó en el mar una tempestad tan grande, que la barca quedaba tapada por las olas; pero Él estaba dormido. Acercándose ellos le »

¹ Cf. Mt 9,1-8.

² Cf. Mc 1,32 ss.

* De la obra *Huellas de experiencia cristiana*, Encuentro, Madrid 2009, pp. 51-57.

» despertaron diciendo: “¡Señor, sálvanos, que pereceremos!”. Les dice: “¿Por qué tenéis miedo, hombres de poca fe?”. Entonces se levantó, increpó a los vientos y al mar, y sobrevino una gran bonanza. Y aquellos hombres, maravillados, decían: “¿Quién es este, que hasta los vientos y el mar le obedecen?”»³.

ÉL NOS CONOCE Y COMPRENDE

Pero el poder más sugestivo, el que hizo capitular a Natanael y nos atrae a cada uno de nosotros, es el conocimiento de nuestros pensamientos y de nuestros corazones: la comprensión. Para Él es algo normal leer en el hombre su pasado y sus intenciones; de ahí que todos adviertan que incluso la parte secreta de la personalidad humana le pertenece.

Se sienta cansado junto a una fuente y viene una mujer a sacar agua: «Dame de beber», le pide Jesús, y ella con el aire desenvuelto y poco delicado de ciertas personas le toma el pelo. «Si tú supieses quién te ha pedido: “Dame de beber”, le pedirías tú a Él». «El pozo es profundo y no tienes con qué sacar el agua, ¿cómo puedes darme de beber?»... «Vete y llama a tu marido». «Pero si yo no tengo marido». «Has dicho bien “que no tengo marido”, porque cinco tuviste, y el que ahora tienes no es tu marido»⁴. Está vencida.

Cuando se pasaba cerca de las meretrices y de los publicanos había que dar un rodeo de diez metros para no contaminarse, lo que era un modo bastante inteligente para hacer penetrar en las duras cervices la ley moral. Pero Él se comportaba de manera completamente distinta; más aún, hasta se iba a comer con ellos. «Habiendo entrado en Jericó, atravesaba la ciudad. Había un hombre llamado Zaqueo, que era jefe de publicanos, y rico. Trataba de ver quién era Jesús, pero no podía a causa de la gente, porque era de pequeña estatura. Se adelantó corriendo y se subió a un sicómoro para verle, pues iba a pasar por allí. Y cuando Jesús llegó a aquel sitio, alzando la vista, le dijo: “Zaqueo, baja pronto, porque es necesario que hoy me quede en tu casa”. Se apresuró a bajar y le recibió con alegría. Al verlo, todos murmuraban diciendo: “Ha ido a hospedarse a casa de un hombre pecador”. Zaqueo, puesto en pie, dijo al Señor: “Daré, Señor, la mitad de mis bienes a los pobres; y si en algo defraudé a alguien, le devolveré cuatro veces más»⁵.

Para Él no hay barreras: penetra sin dificultad –sorprendiendo o anticipándose– en la complicada madeja que es el corazón humano. Lo mío es como si fuese suyo.

No existe nada que haga derrumbarse al hombre, derrumbarse en el sentido de abandono total, como el sentirse descubierto y comprendido al mismo tiempo.

³ Mt 8, 23-27.

⁴ Cf. Jn 4,1-30.

⁵ Lc 19, 1-18.